

Pensaba auxiliar á las fuerzas de Jalisco, próximas á una derrota; pero el prudente general imperialista se retiró á Colima entregando Guadalajara á las tropas de Corona, que la ocupó en nombre de la República.

Miramon previno á la division Castillo amagase la ciudad del Potosí, para evitar ser atacado por retaguardia en las operaciones que iba á emprender.

La ambición era el génio tutelar de Miramon. Supo que el Presidente Juarez había llegado á Zacatecas; que las fuerzas reunidas en aquella plaza eran escasas, y se movió violentamente sobre ellos, creyendo que podría traer prisionero al Presidente de la República.

Efectivamente; el dia 27 de enero se presentó frente á Zacatecas,

Las fuerzas de Juarez ocuparon la Bufa para defenderse mientras el grueso de ellas se retiraba, vista la superioridad numérica.

El presidente estuvo en expectativa hasta que Miramon se lanzó sobre el cerro y desalojó á la pequeña guarnición que lo esperó á la bayoneta, sabiendo á ciencia cierta que necesitaba sacrificarse para salvar á sus compañeros.

Dueño Miramon de la Bufa, se dirigió á la ciudad con precipitación, en busca del Presidente.

La fuerza republicana se posesionó de unas lomas y de la eminencia de la Bolsa, que está fuera de la ciudad.

Juarez, con aquella serenidad nunca desmentida, entró tranquilamente

en su carretela y abandonó á Zacatecas, dirigiéndose al rumbo de Jerez.

Miramón envió una fuerza en su persecución, que no alcanzó éxito alguno favorable.

Se comprendía desde luego que aun obteniendo una victoria decisiva sobre aquellas fuerzas, nada se aventajaba.

Miramón salió al dia siguiente de Zacatecas, fiado en una sorpresa, para batir al ejército de la frontera.

Todos los aventureros franceses cometieron depredaciones horribles en la toma de Zacatecas; estaban en país de conquista y nadie les respetaron.

Miramón no podía contenerlos porque los necesitaba de toda urgencia, y su ímpetu era punto menos que decisivo en los encuentros.

El pueblo maldijo á aquellos bandidos, y ofreció vengarse de sus sanguinosos ultrajes.

Así organizadas las fuerzas y con sueldo de los repatriados.

Si de este ó de otro lado se presentó en San Luis, hoy es que dio Miramon la orden con todas sus fuerzas en el río de ese día sobre la misma tierra. Desechándose, se estreó en si quedó en su poder.

El general Escobedo seguía con avidez los movimientos de las divisiones imperialistas, comprendiéndolos de una manera tan clara que ninguno de sus cálculos salió fallido.

La division Castillo, que se aproximaba á San Luis, no logró engañar la perspicacia de Escobedo, y previendo todas las eventualidades, dejó guarnecida la ciudad, encammando toda la fuerza al general Leon Guzman, que por su capacidad y valor no sería fácilmente sorprendido.

Aureliano Rivera quedaba de observación con seiscientos ginetes.

Al saber el movimiento de Miramon sobre Zacatecas, ordenó que el valiente general Treviño saliese inmediatamente con mil quinientos hombres de las tres armas.

Al general Arce se le mando situar con mil hombres en Mesquitic, para que pudiese auxiliar ora á San Luis, ora al general Treviño.

Treviño avisó de Salinas del Penón, que Zacatecas había caído en poder del Imperio.

Entonces Escobedo se puso al frente de esta fuerza, y forzó la jornada hasta el Espíritu Santo, y siguió hasta encontrar las fuerzas republicanas.

Reunido el cuerpo de ejército mencionado, se dirigió á la hacienda del Corro, camino central de las tres vías que siguen hasta Zacatecas.

La hacienda del Corro era el punto más estratégico.

Miramón tenía de pasar por allí para reunirse á Castillo, y una vez en ese terreno, aceptar la batalla.

La fuerza de Escobedo se componía de mil quinientos caballos, dos mil infantes y una batería.

Las caballerías, mandadas por Arce, se dividieron en tres columnas al mando de jefes valientes y ameritados.

Las que estaban al mando del coronel Martinez, se organizaron en cuatro columnas.

Las primeras estaban apoyadas por infantería.

Cazadores de Galeana y 1º de Durango, formaban la reserva.

El mando de la division se encomendó al general Gerónimo Treviño.

Así organizadas las fuerzas y sin pérdida de tiempo, salió Escobedo el

31 de enero y pernoctó en Santa Elena, donde supo que Miramón había salido con todas sus fuerzas en la tarde de ese día sobre el mismo rumbo. Decididamente, se estaba en la víspera de una batalla.

Miramón previno a la división Castillo amagase la ciudad del Potosí, para evitar ser atacado por retaguardia en las operaciones que iba a emprender. Recorrió los caminos con más seguridad que el general. Miramón comprendió que estaba perdido.

Juárez había llegado a Zacatecas; las fuerzas imperiales se dirigían a San Luis Potosí. La división Castillo, que se dirigía a San Luis Potosí, no logró alcanzarla. A las cuatro de la mañana del 1º de Febrero, salió la división republicana en busca de los imperiales.

La mañana era clara y hermosa: el horizonte estaba puro, y la llanura por donde atravesaba el ejército, se perdía en el horizonte.

Una polvareda anunció que las tropas de Miramón estaban a la vista. Escobedo llegaba a la Estancia de Jarillas.

Era necesaria una marcha rápida para encontrar al enemigo, que marchaba con violencia sobre el campo de Aguascalientes.

Escobedo emprendió el movimiento.

El enemigo ganó la hacienda de San Diego, tomó posiciones y desplegó su batalla, esperando arma al brazo a los republicanos.

Escobedo hizo un reconocimiento, protegido por la línea de tiradores mandados por Treviño.

El general republicano creyó que el momento era llegado.

Dispuso que tres columnas de caballería, a las órdenes de Martínez, marcharan por la izquierda, aprovechando una pequeña altura, hasta rebasar la derecha del enemigo.

Avanzó por el centro, abrazando la posición contraria, con tres columnas de infantería que marchaban bandera desplegada y marcialmente, sobre las fuerzas imperiales.

Situó dos piezas de artillería sobre los bordes de un estanque, dominando la posición enemiga.

Por la derecha avanzó la columna de reserva a las órdenes del C. Miguel Blanco, el célebre general que en 1858 atacó la capital con un puñado de valientes, haciendo una marcha rápida y sorprendente, y llegando a las puertas de México sin ser sentido del ejército reaccionario.

El mundo de la situación se encuadró en el general Gerardo Treviño. Al desplegar las fuerzas y sin baterías en tierra, Escobedo

Dos escuadrones de la Legión del Norte abogaron al soldado que se consideró herido.

Los caballeros avanzaron a la velocidad del mismo.

La batalla se libró entre ambos.

La batalla no podía estar mejor organizada. Miramón comprendió que estaba perdido.

Replegó inmediatamente su batalla, y comprendió la retirada antes de estar al alcance de las columnas de asalto.

Los carabineros republicanos inquietaban tenazmente al enemigo, que procuraba conservar su organización.

Entonces comenzó un espectáculo magnífico.

Las columnas de caballería de Escobedo, se pusieron a la altura, por izquierda y derecha de las fuerzas de Miramón, y republicanos e imperialistas caminaban en una misma dirección y sobre un mismo campo, llevando por punto de vista el rancho del Cuisillo, cuya posición era ventajosa para la resistencia.

Caminaban llenos de ansiedad los combatientes.

Los tiradores seguían sitiándose con las guerrillas enemigas hasta llegar a San Francisco de los Adames.

Entonces Escobedo mandó orden al general Blanco, para que venciendo los obstáculos que presentaba el terreno, iniciara avanzar su columna hasta voltear la posición del Cuisillo.

Otra orden a Martínez para que avanzara por la izquierda, hasta llegar al camino real, y a Treviño para que hiciera avanzar la 4ª columna, apoyado con la infantería.

Operado este movimiento, el enemigo entraba en una situación apremiante: ó la dispersión, ó el evento de una batalla.

Miramón aprovechó el momento más oportuno.

La caballería, mandada por Blanco, le había adelantado hacia un flanco, y se alejaba para tomar la retaguardia, y la infantería estaba a una gran distancia: quedaba, pues, sola, la caballería de Treviño.

Derrotada ésta, podía batir en detail la división republicana.

Miramón desplegó sus alas de batalla de una manera muy militar.

Fusiló sus piezas en batería, y las descargó a metralla sobre los carabineros, que lo venían quemando.

Escobedo hizo que la tropa de Martínez desplegará en batalla al frente de la de Miramón.

Dos secciones de la Legión del Norte apoyaban la izquierda, dos de carabineros la derecha.

Los Cazadores avanzaron á voltear la posición del enemigo.

La batalla estaba empeñada.

Escobedo lanzó sus columnas sobre el enemigo.

Los clarines tocaban ataque, y aquellas masas de hierro atravesaban el llano como unas serpientes, sufriendo el incessante fuego de la artillería.

Al ver la serenidad de los republicanos, comenzaron á flaquear las tropas imperiales.

Se advirtió una oscilación en la línea, como la de las olas encadenadas que están próximas á reventar y convertirse en atomos de espuma.

Veintiuna piezas de artillería jugaban sobre aquellas columnas, y todas á metralla.

Si en los primeros momentos no habían retrocedido, decididamente la batalla estaba ganada.

Miramón lanzó su caballería, compuesta en su mayor parte de los aventureros franceses.

El momento decisivo había llegado. Aquellas masas chocaron entre sí con un estrépito horrible, y comenzó la matanza.

Hubo un momento en que los generales enemigos no vieron mas que una nube de polvo, sin poder determinar las ventajas.

Aquella nube tomó una corriente como impulsada por el huracán.

Los imperiales comenzaron á huir, aterrizados al sable de los Cazadores y Carabineros.

La Legión del N^orte se echó sobre la artillería, apagando con sus pechos aquellas bocas de fuego que vomitaban la muerte y el esternimiento.

La derrota era completa.

Miramón estuvo hasta la última hora, en que viendo perdida la batalla, se escapó á una de caballo en compañía de un grupo de oficiales y su Estado Mayor.

Artillería, pertrechos de guerra y veintidós mil pesos en plata, fueron el botín de los vencedores.

Sobre el campo estaban los cadáveres de *nunenta y seis* franceses.

Quinientos prisioneros se hicieron sobre el terreno, mientras que una parte de la caballería iba en persecución de los dispersos que se rendían á discreción.

Esta gloriosa jornada tomó el nombre de "batalla de San Jacinto," por llamarse así el lugar donde se consumó la derrota de las fuerzas imperialistas.

Las leyes de la República son condenadas como bárbaras y filipistas.

Un coronel del Norte recibió la orden de sacarlos de la escena.

Tres plazas fueron sacadas de sus casillas, donde un soldado entró á protestar por su auxilio y quedó herido.

Un soldado herido se llevó de la escena.

Tres combates se dieron entre las iglesias apaciguadas que operan de montaña contra las bases de los ejércitos.

A una distancia de doscientos pasos el ejército se formó en cuadro.

Los combates entre fuerzas de día se dieron.

Al inicio sintió el ejército de los franceses que se acercaba su fin.

La ejecución fué la más violenta posible, porque se llevó a cabo.

CAPITULO SETIMO.

Los últimos combates fueron perdidos al tener la campana desfallecer.

EXPLICACION.

Ios soldados franceses, más temerarios que despiadados, se dieron a la fuga.

Escobedo marchó a Zacatecas, llevando personalmente la noticia de su victoria al presidente Juarez, que estaba de regreso en la ciudad.

Al dia siguiente volvió a su campo obnubilado por la fatiga.

Aquel fué un dia terrible.

Los horrores cometidos por los franceses en Zacatecas, necesitaban una reparacion exemplar.

Hay veces en que el hombre de corazon tiene que contener los clamores de la piedad, cerrar los ojos á la luz de la compasion y descargar el brazo de la justicia sobre la frente del culpable y del criminal.

El ejército y el pueblo pedian el castigo.

Aquello era un eco débil ante ese acento solemne y aterrador de la justicia humana!

El general Escobedo mandó pasar por las armas á noventa y ocho franceses, hechos prisioneros sobre el campo de batalla.

A aquellos desgraciados no los abrigaba nacionalidad alguna; porque el mariscal Bazaine había hecho saber á los súbditos de Napoleon III, que los que se filiasen de ellos bajo la bandera de Maximiliano, perdían su calidad de nacionales franceses.

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros.
Esos miserables estaban sentenciados de antemano.

Un coronel del Norte recibió las órdenes para la ejecución.

Los prisioneros fueron encerrados en una capillita, donde un sacerdote entró á prestarles los auxilios espirituales.

Un clamor terrible se levantó de aquel grupo de extrangeros frente del patíbulo.

Tres compañías se situaron frente á la iglesia abocando tres obuses de montaña cargados á metralla.

A una distancia de doscientos pasos de la capilla, se formó el cuadro.
Los condenados eran llevados de diez en diez.

Al ruido siniestro de las detonaciones, los que estaban esperando su turno entraban en una agonía lenta y desesperada.

La ejecución fué lo mas violento posible, porque aquellos instantes eran horribles.

CAPITULO SEPTIMO.

Los últimos sentenciados habían perdido la razon y caminaron desfallecidos al cadalso.

Los soldados recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despertaba á la vista de ese espectáculo de muerte, la memoria de los fusilamientos de Uruapan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrían por todos los labios; si no tanto es que se tratase de tales que se oyen.

La hora del Señor había sonado en el reloj de la justicia eterna.

Aduel fue un día terrible.

Tos portadores comandados por los franceses en Mazatlán, recorrieron la ciudad en la noche del viernes 12 de octubre.

Habían hecho en ese día lo que se consideró como la mayor parte de los oficios religiosos.

El ejército y la población quedaron en calma.

Aduel era un poco temeroso de que el ejército se presentara.

El General Tocopher mandó besar por esa misma noche a su esposa.

Quedó sentado en su silla, con la mano en el pecho.

A sus oídos llegaron voces de que el ejército iba a ser aplastado.

Resignado a su destino, se dirigió al restaurante en donde se consumó el matrimonio.

El interior estaba decorado con tapices de seda y terciopelo, y el exterior con madera tallada.

Los muebles eran dorados y los asientos de raso blancos.

Las alfombras blancas también y sombra de fresco.

Don Alfonso tomó su asiento y el general invadió el suyo.

El diplomático se puso de pie y saludó al general.

Y a pesar de todo se sentaron a la mesa.

En las escaleras, el general observó que el señor Demuriez se acercaba.

El puente de Estero, alargado por bujías en candelabros de bronce.

El comandante Demuriez había esperado que el ejército francés se alejase del suelo mexicano, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su enlace con la señorita Clara Rodriguez.

El comandante había presentado a don Alfonso sus papeles en toda regla.

Nada faltaba a los documentos, tenían los sellos del ministerio de Relaciones y los de la legación francesa en México.

Por dichos documentos aparecía que Demuriez nunca había contraído matrimonio, ni dado solemne palabra de casamiento, ni contraído esponsales.

Don Alfonso estaba profundamente triste, pero conocía que la separación de Clara era inevitable, porque el porvenir de la mujer está en el casamiento.

Resignado con estas ideas, estaba sólo consagrado á los preparativos, es decir, había recogido en una cartera los billetes de banco, que formaban una suma enorme, para entregarlos á Demuriez luego que la ceremonia se hubiese verificado.